
México-Cuba-Estados Unidos: un triángulo histórico

Gladys Lizama Silva

Vinculados por geografía, intereses estratégicos, de seguridad, económicos y por su historia, las relaciones entre México, Cuba y Estados Unidos son quizá las más importantes de esta parte del mundo que constituyen las Américas.

El contacto entre los tres espacios data desde los inicios del siglo XVI, por el viaje Veracruz-La Habana de las embarcaciones en su regreso a España. Debido a la dirección de los vientos y las corrientes, tenían que navegar por el Golfo de México hacia el norte hasta la desembocadura del Mississippi, de allí a las costas occidentales de Florida y atravesar rumbo a La Habana para luego seguir su destino por el Atlántico hacia puertos españoles. Desde 1560 ésta fue la ruta obligada y normal.

En los inicios del siglo XVIII la presencia de Francia, Inglaterra y Holanda en territorios americanos generó una nueva organización del espacio territorial alrededor del Golfo de México y el Caribe que exaltó aun más el contacto entre los tres espacios con el surgimiento de Nueva Orleans como plaza crucial de comercio entre Veracruz y La Habana. A esto se agrega el eventual flujo de comunicaciones entre las Trece Colonias inglesas, Florida y La Habana. También en este siglo, concretamente en 1762, la Guerra de los Siete Años entre Inglaterra y Francia, en la que se involucró también España, dio como resultado la toma de La Habana por los ingleses y, en el año siguiente, la pérdida de las Floridas a cambio de la liberación del puerto habanero. A fin de abundar en esta relación, hay que señalar que el “real situado” financió entre 1556 y 1809 los gastos militares y administrativos de la Corona en la isla; por ironías del

destino llegó indirectamente a apoyar la independencia de Estados Unidos, cuando España ordenó entregar recursos económicos vía Cuba a los rebeldes del norte de América, recursos que pertenecían a la Nueva España, como bien señala Velasco en su artículo.

Partes puntuales de esa extensa historia secular que vincula a estos espacios territoriales con las relaciones que se generaron a lo largo y ancho de la historia del siglo XVIII, la época republicana de los siglos XIX, XX y lo que va del XXI, son temas de los cuatro artículos aquí presentados. Veremos las transformaciones que se han experimentado y que las relaciones no siempre fueron asimétricas. Desgraciadamente, no conocemos las razones que impidieron la colaboración aceptada de un historiador cubano sobre la invasión inglesa a La Habana –que finalmente no llegó– para formar parte de este volumen. Lo lamentamos.

El trabajo de Jesús Velasco Márquez sirve de marco histórico en tanto describe los momentos álgidos en que, para bien o para mal, estos tres espacios confluyeron. La primera parte empieza con la invasión inglesa a La Habana en 1762, y muestra la importancia estratégica y comercial de la isla durante todo el siglo XVIII –su posición geográfica la unía a la Nueva España y a las colonias francesas e inglesas–, cuando los intereses de tres metrópolis –Cuba, Nueva España y las Trece Colonias– estuvieron involucrados. Motivo más que suficiente para que los conflictos europeos repercutieran de uno u otro modo en este espacio americano y las tres quedaran irremediabilmente ligadas; la independencia de las Trece Colonias es uno de varios ejemplos de dicha vinculación, remarcado más arriba.

El proyecto de nación y de país que implementó Estados Unidos después de su independencia fue “engrandecerse” y cuidar la seguridad de su territorio bajo el principio del aislacionismo de los países europeos y de un acercamiento a los territorios americanos donde, sostiene Velasco, los vínculos de América del Norte, el Golfo de México y el Mar Caribe fueron los más importantes.

Los movimientos de independencia de México y de la mayoría de las colonias americanas constituyen otro hito por señalar, ya que Estados Unidos reconoció a México como país independiente en 1823, y marcó los destinos de las Américas mediante la Doctrina Monroe. Como reducto español, Cuba fue el puesto de avanzada para una posible “reconquista”

de México, y Estados Unidos apoyó las aspiraciones cubanas de independencia abrigando la idea de una posible anexión de la isla a su territorio que nunca funcionó. Más adelante, desde 1830, surgió el movimiento cubano que buscó la anexión a Estados Unidos como una vía para independizarse de España, movimiento que se cruzó con el de Juárez cuando éste se refugió en Nueva Orleans en los primeros años de la década de 1850 y que es historiado por Rafael Rojas en el artículo siguiente de esta revista. Paralelo a estos hechos, el expansionismo estadounidense continuó su senda; a la incorporación de Texas, siguieron la de California y Nuevo México. Es justamente el momento cuando México vivió sus años más vidriosos con la invasión estadounidense primero y la francesa después. Agregaría, a lo narrado por Velasco Márquez, la presencia de notables cubanos en la defensa de México durante la guerra de 1847 con Estados Unidos, entre quienes se encontraban el general Pedro de Ampudia Grimarest, José Ramón Betancourt Aguilar y Manuel Castrillón. Lo que habría que subrayar es que durante todas estas décadas el escenario de contacto entre los tres espacios continuó centrado en el Golfo de México y así perduraría durante todo el porfiriato.

Es en esta última etapa, dice Velasco Márquez, en la guerra de los Diez Años y en 1898 con la independencia de Cuba, acontece el otro hito histórico que tensiona las relaciones entre México, Estados Unidos y la isla. Muchos mexicanos participaron activamente como soldados y oficiales de alto rango en las fuerzas cubanas que buscaban la emancipación. Martí vivió en México y fue recibido en agosto de 1894 por Porfirio Díaz; en los treinta años comprendidos entre 1868 y 1898 el país albergó la más grande migración cubana conocida hasta entonces. A su vez, Estados Unidos fortaleció su presencia en el Caribe al apoderarse de Puerto Rico y establecer un protectorado en Cuba.

La última parte del trabajo de Velasco Márquez se centra en el siglo XX. Estados Unidos declaró que sus intereses en el continente americano eran preeminentes, Cuba obtuvo su independencia y autonomía y México buscó desempeñar un “papel de potencia media” con relación a Centroamérica; pero la Revolución de 1910 y la primera Guerra Mundial movieron de nuevo las piezas del tablero. El perfil de las relaciones entre los tres espacios fue bajo, pero el flujo de personas nunca se detuvo, dando

lugar a procesos de intercambios culturales de importancia. Hacia 1953, dice Velasco Márquez, Estados Unidos retornó a las intervenciones armadas, principalmente, en Centroamérica y en 1959 con el triunfo de la Revolución cubana, los tres espacios se enredaron de nuevo en tensiones nunca antes experimentadas. En los años que siguieron, México defendió y practicó los principios de no intervención en los asuntos internos de ningún país, práctica que se tradujo en no romper relaciones diplomáticas y mantener lazos comerciales y culturales con la isla; ejemplo de esta política exterior fue el rechazo de México a la expulsión de Cuba de la OEA, tema tratado por Leticia Bobadilla en estas páginas. Por último, esta política se transformó con la llegada al poder en México del Partido Acción Nacional, tema del análisis de Gustavo Iruegas.

El segundo artículo “Los amigos cubanos de Juárez” en Nueva Orleans, de Rafael Rojas, aborda una faceta poco conocida: los vínculos gestados en la ciudad de Nueva Orleans entre Benito Juárez y los cubanos anexionistas quienes, a su vez, lo relacionaron con estadounidenses y con instancias del gobierno de ese país en los años cincuenta del siglo XIX. La ideología que cruzó las mentes de estos tres importantes actores políticos fue el liberalismo y el republicanismo, pero por supuesto con objetivos diferentes cada uno: los cubanos buscaban la anexión a Estados Unidos como una vía para salir del dominio español esclavista y monárquico; Juárez y los liberales mexicanos buscaban el apoyo a su causa para derrotar la dictadura santannista conservadora, y Estados Unidos veía con buenos ojos la camada liberal mexicana y, no se diga, la posible anexión de Cuba a su territorio. A Juárez y sus hombres, así como a cubanos, los unía también su condición de exiliados y su credo masónico, unión que se estrechó aun más cuando las posibilidades de una anexión de Cuba a Estados Unidos se agotaron y cuando el triunfo liberal en México fue una realidad. Muchos de esos cubanos vinieron a radicar a México y uno de ellos, Pedro Santacilia, de secretario particular se convirtió en yerno de Benito Juárez.

Paso a paso, Rafael Rojas, a través de escritos periodísticos y literarios, cubanos y estadounidenses, publicados en Estados Unidos y de la correspondencia entre Juárez y algunos cubanos, reconstruye cómo se dio la conexión entre ellos. Advierte, además, que en esos años el expansio-

nismo, el “destino manifiesto” y la creciente hegemonía estadounidenses, no parecían una amenaza en las mentes de los amigos cubanos anexionistas de Benito Juárez, por lo que no podían prever, ni avizorar, el futuro. En síntesis, el trabajo es una buena muestra de los vínculos que se forjaron entre estos importantes actores políticos que tuvieron como escenario los tres espacios territoriales: México, Cuba y Estados Unidos.

El artículo de Leticia Bobadilla reconstruye en detalle los álgidos momentos de 1962 en que Cuba fue el protagonista central “de la novena reunión ministerial de la Organización de Estados Americanos” realizada en Punta del Este, Uruguay, en la que durante dos semanas se discutió, se hizo lobby, se marcaron posiciones para, finalmente, acordar la exclusión de Cuba de la Organización. A pesar de haber sido una reunión interamericana a la que acudieron todos los integrantes de los países miembros de la OEA, Leticia Bobadilla se detiene en los desacuerdos diplomáticos entre México y Estados Unidos respecto a la legalidad de la exclusión o expulsión de Cuba por adoptar un régimen político socialista. Como es sabido, en esos años de plena Guerra Fría México fue un firme defensor de los principios de no intervención en los asuntos políticos internos de cada país y de la libre determinación para garantizar la paz del continente, preceptos adoptados por la OEA como válidos para todos sus integrantes y, al intervenir en Cuba, Estados Unidos violó esos principios. Bobadilla recuerda que en esa reunión la delegación colombiana hizo valer esa misma norma a los cubanos, quienes debían abstenerse de exportar su revolución y, mucho menos, intervenir en los países latinoamericanos. Las posiciones se polarizaron, por un lado Dean Rusk y los representantes de 14 países, y por el otro México, Ecuador, Brasil, Bolivia y Chile que se abstuvieron de votar la exclusión de Cuba de la OEA; pero el acta final firmada el 31 de enero de 1962 fue aprobada por 20 votos con la sola oposición de México y Ecuador que manifestaron “que la exclusión de un Estado miembro no era jurídicamente posible sin la modificación previa de la Carta de la OEA”. En octubre de 1962 se desencadenó la crisis de los misiles que, en la práctica, ahondó el acuerdo tomado con anterioridad por el organismo interamericano.

México persistió en la defensa de que sólo al pueblo cubano competía resolver dicha crisis y nunca rompió relaciones diplomáticas, económicas,

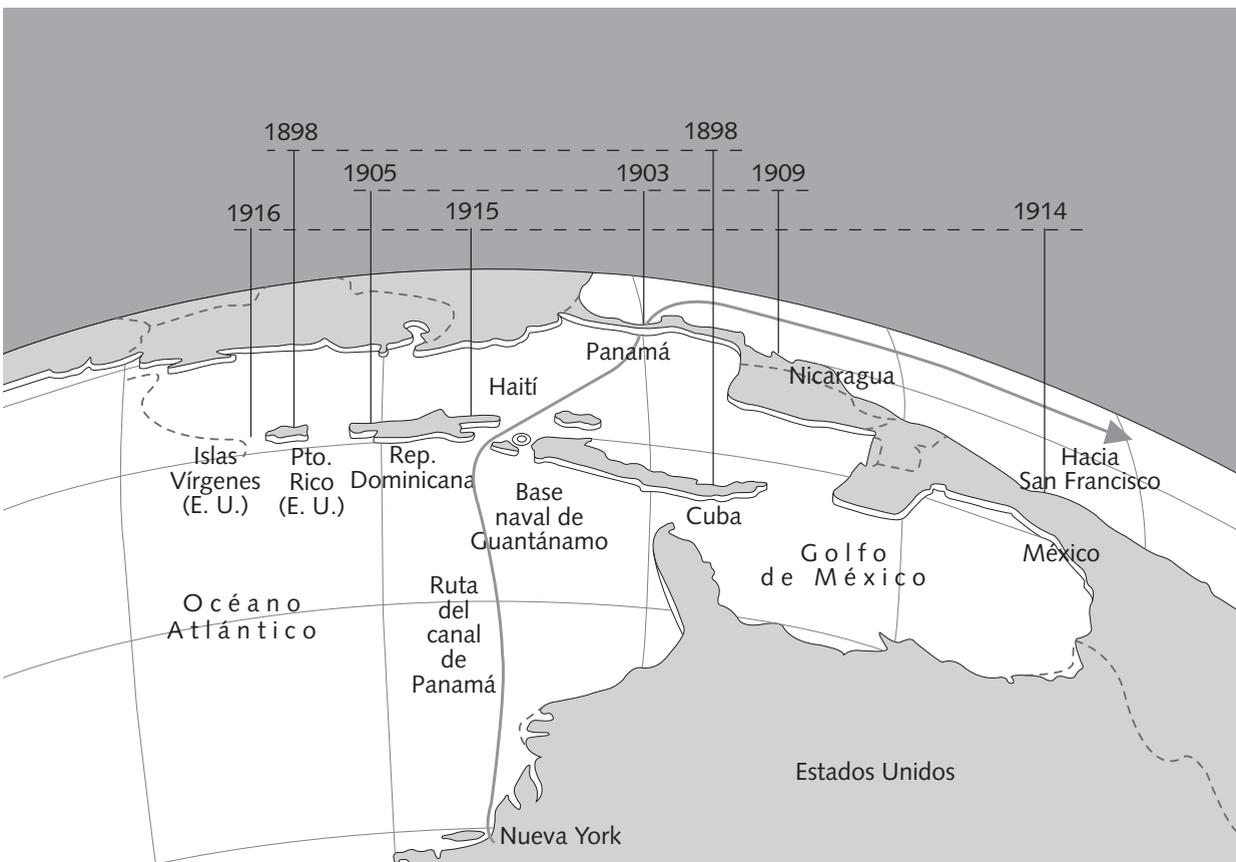
comerciales y de comunicaciones, convirtiéndose así en puente entre la isla y los demás países latinoamericanos. Pero lo más importante, concluye Bobadilla, es que México sorteó con habilidad y eficacia los tiempos de la Guerra Fría no alterando sus relaciones con Estados Unidos y Cuba.

Es un lugar común, expresa Gustavo Iruegas en su artículo, sostener que la relación diplomática con Estados Unidos es la más importante de México y que ésta no tiene la misma significación para el país del norte. Su tesis es que en el siglo XX la relación con su vecino “ha sido [...] injerencista, estratégica, pretenciosa y obsecuente” y que la política exterior se ha forjado con “un argumento *a contrariū*”, esto es, que “debe obtener la colaboración y el respeto de una potencia intrínseca e históricamente adversa” a la vez que suele estar en una posición de debilidad, persistiendo la secular “asimetría”. El trabajo desarrolla esta tesis apoyado en la historia de la política exterior mexicana desde los tiempos de Carranza, Cárdenas, los gobiernos ya no “cabalmente revolucionarios” que le siguieron, De la Madrid, Salinas de Gortari, Zedillo, Fox y la “enchilada completa” hasta 2008 con el gobierno de Calderón. Advierte que 2001 después de los atentados terroristas, la política estadounidense cambió y se ha orientado a considerar a México dentro del perímetro último de seguridad que protege a Estados Unidos con la pretensión de que el país acepte dicho precepto.

Iruegas hace un recorrido sobre la historia de las relaciones con Cuba, con la tesis de que ésta fue una relación especial y de solidaridad, además de históricamente centenaria y con sustento popular. Se sabe que la política exterior mexicana hacia Cuba es, si no de abierto apoyo, de tolerancia frente a su Revolución, y el artículo anterior de Leticia Bobadilla, muestra muy bien sus perfiles. En los años sesenta y setenta las posiciones estadounidenses y mexicanas siempre fueron contrapuestas en lo diplomático, mientras el país del norte acosó a Cuba y practicó el embargo económico, México nunca rompió relaciones con la isla y permitió los vuelos entre los dos espacios a pesar del fisgoneo de la policía política. Mientras Florida y Miami se convirtieron en el refugio de los disidentes cubanos de la revolución, México continuó el intercambio cultural, académico, artístico y comercial directamente con la isla. Todo empezó a cambiar con el gobierno de Zedillo, y tomó otro cariz con la llegada de Fox

al gobierno, cambio que no es ajeno a la estrategia de agradar “a sus contrapartes estadounidenses”. Ya es legendario el “comes y te vas”; finalmente, los desaguisados foxistas han tenido que ser enmendados por la política exterior de Calderón. Por último, sostiene Iruegas, lo que a pesar de todo no se borró fue la interacción de los pueblos cubano y mexicano.

Esperamos cubrir con este volumen de *Istor* algunos aspectos históricos importantísimos de la inseparable relación entre los tres espacios: México, Cuba y Estados Unidos. ☺



Primeras intervenciones de Estados Unidos en el Caribe